



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

# El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (7)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

# Sumario

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (7)

Capítulo XIII

**INVITACIÓN DE RELIGIOSAS HOSPITALARIAS** ..... 3

Capítulo XIV

**DAMIÁN LEPROSO (Enero 1884 - Enero 1885)** ..... 9

Capítulo XV

**SEGREGACIÓN OFICIAL DE DAMIÁN** ..... 17

## EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (7)

### Capítulo XIII

#### INVITACIÓN DE RELIGIOSAS HOSPITALARIAS

Libro pg. 203

El doctor Ficht había sido designado no solamente para trabajar en Molokai, sino también en el nuevo hospital para leprosos de Honolulu, un proyecto elaborado por la princesa Liliuokalani después de su visita a la leprosería. Había obtenido la ayuda de los plantadores donde había numerosos coolies chinos estaban enfermos y temían nuevas insurrecciones. El hospital sólidamente clausurado y compuesto de pabellones sobre pilotes, fue establecido en Kakaako sobre unos terrenos áridos situados a una cierta distancia de la capital, para no contaminar la villa, pero lo bastante próximos a ella para que fueran posibles las visitas. El objetivo era transferir allí para un examen los casos sospechosos y no quedarse allí más que los pacientes en el primer estadio de la enfermedad y por tanto fácilmente curables.

El rey Kalakaua, habiendo visitado en Tokio el hospital de un cierto doctor Shobun Goto que aplicaba una terapia consistente en baños y pociones de hierbas medicinales, hizo instalar un sistema similar en Kakaako y nombró a la dirección de servicio a un *kokua* blanco de la parroquia de Damián que había seguido a Molokai a su esposa leprosa emparentada con la reina Kapiolani.

Habiendo realizado un breve paso por el hospital en enero de 1882, durante el retiro espiritual de invierno en Honolulu, Damián esperaba poder introducir en Molokai el sistema de baños Goto en cuanto el periodo de ensayo hubiera determinado la eficacia de esta terapia. Aprovechó esta semana de oración para discutir ciertos puntos con su superior Koeckemann: obtuvo la autorización de proseguir su trabajo de asistente médico que le permitía imponerse en el hospital y de luchar allí contra la depravación de costumbres, y reclamó una vez más la asistencia de religiosas hospitalarias.

Se presentó también en el Consejo de salud que le retiró el permiso - que le habían acordado en 1874 - para bendecir matrimonios, al estima que con la creación del hospital de Kakaako, solo los casos desesperados debían ser transferidos a Molokai; todas las personas en buena salud debían ser rechazados de él, y era por tanto irresponsable permitir a los *kokua* casarse

con un enfermo contaminado. En cuanto a los leprosos, no merecía la pena permitirles casarse.

Al enterarse de que Damián había perdido su licencia de matrimonio, su colega Albert reclamó todos los dossiers para asegurarse que no se había cometido ninguna falta contra el derecho canónico que estipulaba que toda persona divorciada después de un matrimonio no católico, quedaba libre - al ser considerado su primer matrimonio como inválido - mientras que toda persona divorciada después de un matrimonio mixto católico-protestante, por ejemplo - no era revocado de sus compromisos. En abril 1882, un agonizante pidió casarse con la mujer con la que vivía desde hace mucho tiempo; pretendía ser libre, no habiéndose convertido al catolicismo más que a la llegada a la leprosería, después de un primer matrimonio. En la espera de la respuesta de la parroquia en que esta unión se había realizado, Albert rehusó escuchar la confesión del moribundo. Damián veía las cosas de otra manera: apoyándose sobre dos axiomas que había tomado para decidirse en los casos complicados - *In fide unitas, in dubio libertas, in omnibus caritas* (en la fe unidad, en la duda libertad, en todo caridad) y *Semper ad aedificandum et numquam ad destructionem* (siempre para construir, nunca para destruir), bendijo la unión de la pareja y dio los últimos sacramentos al enfermo, que murió poco después. Albert estaba furioso. Köekemann se puso de su parte: Damián había obrado bien dando la absolución al pecador, pero no debía haber bendecido su unión. Sin embargo no tomó ninguna medida contra de Veuster, porque, temiendo herir a Maigret, no había dado todavía ninguna directriz clara en materia matrimonial; quería evitar el dar la impresión de que los reglamentos de los católicos cambiaban con cada nuevo obispo. Aseguró a Damián que estimaba mucho y apreciaba su trabajo entregado por la salvación de las almas.

La leprosería constituía, de hecho intencionadamente en numerosos puntos de vista, un mundo aparte; no es pues extraño que hubiera desarrollado en ciertos aspectos practicas de las que no dejaba filtrar nada y que diferían de las del mundo exterior que no hubiera podido ni comprenderlas ni admitirlas. Una de estas era la cooperación y la armonía entre las diversas confesiones religiosas, que alcanzó un punto álgido [qui connut un point d'orgue] en la procesión del Corpus de 1882. Los jefes espirituales de los grupos no católicos pidieron participar en ella, y, por una vez, Albert y Damián estuvieron de acuerdo para responder positivamente a esta petición. Todos juntos, prepararon la fiesta hawaiana llamada *luau*, decoraron los altares como lugar de descanso en que reposaría el Santísimo durante la procesión, participaron en los servicios religiosos y en la procesión, que se desarrolló en un ambiente un tanto caótico; cada confesión cantaba sus himnos, las fanfarrias trataban de tocar en armonía, el palio del Santísimo Sacramento iba flanqueado de banderas de los Sagrados Corazones, de la Virgen y de San José, de la bandera americana y de los estandartes de las asociaciones de oración protestantes y mormones. Fue una ceremonia única en su género, una verdadera celebración ecuménica por adelantado. Montiton dio las gracias en hawaiano a los participantes por el respeto mutuo del que todos habían dado prueba: "Nosotros, cristianos que estamos aquí presentes, queremos mostrar

nuestra fe en Dios que es uno en tres personas. Honramos hoy a Jesucristo, nuestro rey eucarístico, el Señor y Salvador presente en el Santo Sacramento. Adoramos su amor por los hombres y el Santo Sacramento que estableció la víspera de su muerte sobre la cruz".

No obstante, Montiton parece que hubiera sido más feliz acogiendo a todas las confesiones en una celebración católica que a la inversa, porque, algunas semanas más tarde, se alteró al ver a Damián asistir al matrimonio protestante de uno de los hijos de Meyer.

El verano de 1882 demostró el estado desastroso de los cuidados médicos en la península. El doctor Ficht, por estar retenido por la enfermedad en Honolulu, Damián se vio forzado a amputar con una sierra la pierna de un paciente. Albert denunció a su compañero a Köeckemann que le conjuró de *"abstenerse de hacer una buena obra si no se puede hacer más que con el peligro de provocar mayor mal por una especie de escándalo"*. Por el consejo de Ficht Damián envió una petición a Walter Murray Gibson el nuevo presidente del Consejo de salud: quería obtener muy clara, una autorización oficial para evitar ser además agredido por gentes sin principios cuya envidia le era penosa" - una alusión directa a Montiton. Suplicó igualmente al Consejo que le confiara la tutela de los huérfanos de la leprosería y la responsabilidad de su bienestar. En el colmo de la paciencia, Damián escribió a su obispo: *"He recogido algunos niños bajo mi tutela, pero con mucha dificultad, habiendo tenido siempre un administración envidiosa. Si mi conducta os desagrade, estando mal visto por aquí del P. Albert, dejaré con mucho gusto la isla de Molokai"*. Este es el único documento que se nos ha conservado en que de Veuster amenaza con dejar la península.

Damián ignoraba que los preparativos estaban en marcha para la realización de uno de sus sueños. Durante el curso de la visita protocolaria que Mons. Köeckemann rendía al rey por su aniversario, el 1 de noviembre 1882, el soberano le mandó que encontrara religiosas hospitalarias para Molokai y hermanas de la enseñanza para las jóvenes hawaianas. Habiendo replicado el obispo *"que los prejuicios contra las instituciones católicas eran demasiado fuertes en el espíritu de las clases altas, Kalakaua respondió: Tened paciencia, eso se va a mejorar"*. El obispo no hizo nada, porque pensaba, como lo relata al superior general de la congregación, *"sea dicho entre nosotros, que la palabra del rey no vale gran cosa y el Primer ministro tiene un pasado demasiado malo para poder contar con un porvenir seguro"*. No sabía dónde encontrar hermanas hospitalarias; efectivamente, estimando en todo caso la vida conventual de las religiosas francesas demasiado estricta para trabajar en Hawaii temía dirigirse a las religiosas americanas o irlandesas.

Entre tanto, el Consejo de salud estudiaba las implicaciones financieras del proyecto: Ficht reclamaba la asistencia de veinticinco religiosas mientras que el Consejo no disponía más que de un presupuesto para diez. Algunos miembros, calculando entonces que, durante todos estos años Damián había trabajado sin la menor remuneración decidieron ofrecerle un carricoche. En su calurosa respuesta de agradecimiento el misionero aprovecha para incitar

*Papa Ole* (el Consejo de salud) que no se conculquen las "leyes morales" y para recordarle que los pedófilos y los chulos aterrorizan a los niños, El 5 de diciembre, el doctor Ficht volvió a Molokai, con un grabe alivio para todos de los que quiere obtener la tutela con el fin de protegerlos.

El 5 de diciembre, el doctor Ficht volvió a Molokai, que fue un gran alivio para todos. Traía para Damián buenas noticias; hermanas hospitalarias vendrían pronto para secundarle, el obispo le invitaba a asistir al retiro espiritual de invierno en Honolulu con el fin de entregarle personalmente una parte de los cuatro mil dólares recogidos en la fiesta parroquial, y se la había devuelto el permiso de celebrar matrimonios.

Después de haber celebrado Navidad con los leprosos, pues no quería abandonar en esta ceremonia a los solos cuidados de Albert a quien los picores le volvían loco, Damián se embarcó para la capital donde encontró una larga carta de Pánfilo relatándole sobretodo la visita de Fouesnel a su familia en Tremelo; después de haber bebido mucho, este había contado que en Hawaii Damián vivía como un gran señor, poseía cuatro caballos, dos mulas, dos carricoches y gallinas, y no tenía más que una sola iglesia que servir. El 31 de diciembre. El 1 de diciembre, de Veuster fue al hospital de Kakaako donde respondió a las preguntas angustiosas de los futuros deportados Estaba agotado: estaba penas recuperado del mal de mar al que estaba sujeto en cada travesía; sufría horriblemente del pie en el que podía trazar una línea entre la parte insensible y l que le daba pinchazos insoportables; tenía ganglios linfáticos en la ingle; sufría además de diarrea crónica. Debía por tanto presentarse en buena forma en compañía de su obispo a la recepción organizada el día de año nuevo en casa del primer ministro Walter Murray Gibson. Fueron enseguida juntos al palacio en que Gibson anunció solemnemente a la reina Kapiolani la próxima llegada de religiosas hospitalarias. Habiendo obtenido el apoyo de la soberana, el Primer ministro hizo saber a Damián, el 4 de febrero, que él había obtenido del Consejo de salud misión de invitar un mínimo de ocho religiosas para cuidar a los enfermos y de tomar a su cargo los gastos de viaje en primera clase, de alojamiento y de alimentación. Köeckemann veía por fin las cosas de manera más positiva: podría cortarles la hierba bajo los pies a los anglicanos; hizo sin embargo señalar a su misionero que Gibson hablaba de enfermos y no de leprosos.

Vuelto a Kalawao, Damián predicó sobre el tema "leprosos hoy, pero no en el cielo", retomó sus visitas a los enfermos, la celebración continua de los funerales y debió de nuevo a enfrentarse a las molestias incesantes de Albert.

Recibió una invitación para la coronación solemne del rey Kalakaua que había de tener lugar el 12 de febrero 1883, pero su obispo no le permitió venir a Honolulu donde había estado poco antes.

Cuando Gibson comunicó a Köeckemann que deseaba transferir a cuenta de la misión los gastos del viaje de las religiosas y una parte de sus gastos de estancia, el obispo, envió rápidamente a Fouesnel a os Estados Unidos. Este

último esperaba obtener así el crédito necesario para suceder al vice-provincial Régis Moncaney que se encontraba en estado terminal de la tuberculosis; Modesto Favens - que permanecería provincial hasta la muerte - había llegado a un estado totalmente senil. Fouesnel había hecho una buena impresión al superior general de la congregación durante su visita a Europa y era uno de los únicos sacerdotes que se entendían con Köeckemann; además, siendo el obispo alemán, el provincial debía ser francés. Para ello no había pocos otros candidatos que este personaje controvertido que tenía gustos del lujo y sufría de síndrome de "lobo solitario", incapaz de felicitar a alguno, no soportando falta alguna en sus subordinados y no aceptando la crítica.

Moncaney murió en el verano y el generalato parisino nombra para su sucesión a Fouesnel, que recorría todavía los Estados Unidos para encontrar religiosas. Volvió el 1 de agosto anunciando que las Hermanas de la Tercera Orden de San Francisco del convento de San Antonio de Syracuse (New York) habían aceptado ocuparse de los enfermos hawaianos y de abrir escuelas. Los leprosos estuvieron más de un mes esperando para darse cuenta de que esas religiosas no estaban destinadas para ellos: no había ningún convento que estuviera previsto por ellas en Molokai; además, los trabajos de reparación del camino y de la ampliación del orfanato habían sido parados por falta de créditos. El Consejo hizo también llegar un informe completo, concluyendo que ninguna inversión sería consentida en Molokai hasta tanto que las religiosas no hubieran efectuado el reparto del trabajo.

Estaba claro que Fouesnel no era particularmente favorable a Damián. Informa al superior general: *"buen religioso, buen sacerdote, muy celoso misionero, excesivamente entregado a los leprosos. Digo excesivamente porque no sabe 'sapere ad sobrietatem' y algunas veces un celo indiscreto le lleva a decir, a escribir, y hasta a hacer cosas que la autoridad eclesiástica no puede más que censurar, como casar leprosos y leprosas que al partir para la leprosería dejan a la otra parte fuera . Todo por no informarse con quien tiene derecho; pero su celo ciego no le permite corregirse. Se le ama y se le estima a pesar de todo, porque se sabe bien que es su inconsideración solamente lo que le guía y no su buena voluntad"*. Su comentario sobre Albert Montiton es netamente más positivo: *"A pesar de su infortunio y su secuestro en la leprosería, hace siempre lo posible para guardar la regularidad y muestra su celo por las almas"*.

Diversas respuestas de Fouesnel a peticiones de informaciones sobre el estado marital de los habitantes de Wailuku se han conservado. La visión negativa del nuevo provincial era tan flagrante que el padre Bernard previno a Damián que su superior le buscaba, sin osar poner por escrito jamás estas advertencias.

La primera carta (conservada), dirigida por el provincial a Damián, en la que le reclama el envío a la misión de los donativos recibidos como lo hacen habitualmente los otros padres, es verdaderamente injuriosa: *"Y además, padre mío, Monseñor y otros encuentran que si se hicieran bien los cálculos de todos los pequeños bills pagados por aquí y por allá, iríamos lejos en las cuentas que*

*usted cree siempre tener que pagar. Monseñor cree que ese pequeño rincón de tierra absorbe mucho. Y Monseñor os ruega que enviéis las piezas necesarias que debéis tener entre las manos, a fin que yo pueda hacer reembolsar por el Consejo el dinero que la misión ha pagado por los materiales de vuestro orfanato de chicos".*

El 8 de noviembre, el obispo cantó un *Te Deum* para acoger a las religiosas desembarcadas en Honolulu. Como el convento de Kakaao no estaba aún preparado, el Consejo puso una vivienda alquilada a su disposición. . Un médico enviado por el Consejo, el doctor Edward Arning - dermatólogo, bacteriólogo y especialista en enfermedades venéreas que había estudiado en la Academia de Berlín con el profesor Koch, el fundador de la bacteriología - se hizo prepararen Kakaako un laboratorio y una sala de autopsia. En base a las estadísticas concluyó que la lepra tenía una evolución de diez a quince años, siendo desconocida la duración del periodo de incubación. Con el fin de demostrar que esta enfermedad no era el cuarto estadio de la sífilis, él buscó detectar en los vestidos tomados de los enfermos y de los cadáveres el bacilo que había descubierto los médicos noruegos Hansen y Neisser; si existía un lazo, sería más juicioso, pensaba, abrir colonias para sífilíticos que asilos para leprosos. Juzgaba la teoría que establecía un lazo entre la lepra y la sífilis como muy peligrosa, porque confirmaba el estigma según el cual los pacientes habían contraído la enfermedad por una conducta disoluta. En cuanto a los extranjeros, parecían haber desarrollado una resistencia hereditaria contra esta plaga.

Involuntariamente, la realización del "sueño" de Damián, provocó un efecto contrario: el doctor Fitch anuló su viaje a Molokai para ayudar a las religiosas; Meyer se encontraba corto de dinero y temía no obtener nuevos créditos.

Fouesnel escribió una carta furibunda a Montiton en la que fulmina contra Damián y sus comentarios sobre las religiosas. Esta misiva no ha sido conservada pero Albert debió haberla mostrado a su compañero, porque de Veuster se dirigió directamente a su provincial: *"De nuevo, encuentro expresada vuestra poca confianza en mí, con deseos de tenerme por el cuello y que no pueda decir una palabra, como si yo me creyese más elevado en mérito y en dignidad que usted. Repito que no he ni escrito ni hablado ni gritado "huro" (?) acerca de la legada de las hermanas aquí. Yo había hasta casi perdido ya la esperanza. En el caso de una visita de la superiora y de otra hermana, hasta en compañía de vuestra reverencia, no haría más que barrer un poco la casa y ustedes estarían convenientemente alojados en medio de un pueblo exclusivamente católico. Como mi presencia podría desagradarles, si se me advierte de antemano podría alejarme. Realmente no me creía tan bajo en la opinión de mis superiores".* Comprendiendo que había llegado demasiado lejos, Fouesnel echó la falta sobre Köeckemann y Modesto. *"Si os he ofendido en la forma, os pido perdón y, por la gracia de Dios, espero de verdad no balancear en humillarme ante un inferior a quien yo habría ofendido y a quien yo habría ofendido y a quien habría causado una pena con expresiones bastante mesuradas".*



Al fin de diciembre, el provincial se enfureció una vez más contra Damián que gastaba demasiado dinero en el momento en que a la misión le faltaba. Maigret había depositado fondos en París, pero la casa madre los había utilizado para otros fines. La guerra entre Damián y sus superiores se había desencadenado.

## Capítulo XIV

### DAMIÁN LEPROSO (Enero 1884 - Enero 1885)

Libro pg. 227

Desde la llegada de las religiosas, los enfermos de Molokai no habían vuelto a ver un médico y Damián se vio otra vez obligado a amputar un pie con la sierra y el cuchillo del matarife. Todos esperaban con una tensión creciente una visita del doctor Arning o de las hermanas, pero Fouesnel rehusó al doctor Ficht dejarles embarcar sobre el *Mokolii* que era demasiado pequeño y sobretodo muy sucio. Invitó por el contrario a Damián a participar en el retiro de invierno en Honolulu: "*Se os verá por aquí muy gustosamente*". El último día, el misionero asistió a la consagración de la iglesia de Santa Filomena en el hospital de Kakaako. La reina Kapiolani y el Primer ministro Gibson agradecieron a las religiosas por su noble sacrificio. Damián esperaba ser presentado a las hermanas, pero Fouesnel consiguió impedirlo. Al día siguiente, la madre superiora y dos religiosas partieron para la isla de Maui con el fin de fundar un hospital y una escuela en Wailuku; las cuatro otras hermanas permanecieron en Kakako.

La presencia de religiosas en Hawaii tuvo grandes consecuencias: se pararon las deportaciones hasta la reorganización del hospital. Durante cuatro meses, los leprosos, aún presentando un estado avanzado de la enfermedad pudieron seguir la terapia de Goto que parecía dar buenos resultados; eran igualmente cuidados por varios médicos y tres enfermeras. Como Molokai se convertía más y más en un basurero en que no estaba asegurado ningún cuidado médico, suplicaron a los soberanos que no les llevaran allí. El dinero faltaba en la península, y el vapor *Lehua* se saltó por dos veces la entrega de víveres, porque no pagaban las facturas desde hacía meses. Los ochocientos relegados temían morir de hambre, lo que constituía sin duda alguna, decían ellos, la manera más económica de desembarazarse de ellos.

El 7 de marzo 1884, fueron exilados a Molokai, y, por la primera vez desde hacía cuatro meses, un control médico se realizó en la península. Los doctores Fitch y Arning no hicieron más que un breve paso y volvieron para Kakaako llevándose al americano Clayton Strawn que sufría de los ojos. Arning, habiendo explicado a Damián que esperaba descubrir el remedio último contra la lepra, nuestro misionero no pudo dejar de sentir la impresión de que le era algo ya oído. El doctor, que había igualmente sido enviado por los

superiores eclesiásticos para proceder a un examen médico completo del sacerdote, le declaró oficialmente leproso. Algunos días más tarde, Köeckeman escribió a su subordinado que compadecía su situación, pero que él había decidido - para no correr el riesgo de contaminar a los otros sacerdotes - encargarle de las parroquias de *topside*; aparentemente, la vida de estos parroquianos tenía poca importancia a los ojos del obispo.

En el curso de su segunda visita, el doctor Arning persuadió a Damián de deslizarse con él después del "toque de queda" al cementerio para recoger muestras en un cadáver. Damián propuso abrir la tumba de un chino, pero mientras el médico las tomaba, Damián constató con estupor que la cabeza del muerto no llevaba trenza. Felizmente, nadie descubrió la profanación que, a los ojos de los hawaianos constituía la más horrible de las fechorías.

Albet Montiton habiendo desaparecido en Honolulu, después de un enésimo encontronazo con Damián, este último tuvo que posponer su visita a *topside*. El antiguo traficante de esclavos, Clayton Strawn, convertido en un buen católico y al presente completamente ciego, comunicó a su "querido amigo Damián" que el hospital de Kakaako, gestionado desde el 29 de marzo por la madre Mariana, funcionaba perfectamente gracias a esa mujer enérgica. Con la amenaza de volverse a los Estados Unidos, había arrancado al Consejo de salud la dirección del establecimiento y el título de agente, así como un salario de 25 dólares para cada religiosa.

El doctor Arning preparaba un informe que sería remitido el 16 de abril a los parlamentarios. En él resumía su experiencia de seis meses en Kakaako y las informaciones que había recogido durante sus dos visitas esclarecedoras a Molokai. La lepra era contagiosa pero sin relación alguna con la sífilis; contaba entre sus pacientes a un individuo cuya lepra no era el resultado de una vida licenciosa: no daba su nombre en el informe, porque el estado de salud de Damián debía provisionalmente ser tenido en secreto. El doctor había podido aislar el bacilo de Hansen y Neiser en los tejidos leprosos, tomados de enfermos tanto muertos como vivos, y esperaba poder verificar si las vacunaciones masivas habían sido vehículos de la enfermedad; desgraciadamente había tenido que limitarse a experimentar sobre animales. Se podía leer entre líneas que deseaba proseguir sus experiencias sobre seres humanos.

Arning tenía una gran crítica que formular: Molokai era una isla "inhumana" Era inaudito que una nación declare una enfermedad incurable y se desembarazase de personas contagiadas relegándolas al fin del mundo. Todo médico digno de ese nombre debía revolverse contra esta "barbarie medieval". Este ejemplo era nefasto para un pueblo que había visto cómo le imponían la cultura occidental y admiraba a los blancos. La higiene era deficiente en Kalaupapa, pero era lógico: el amontonamiento de centenas de personas en un lugar aislado no hacía mas que estimular su indiferencia natural hacia las normas de higiene, La visita mensual de un médico era insuficiente, era necesario en Molokai un médico-cirujano residente, que pudiera proceder a tratamientos eléctricos. El cuerpo médico no controlaba la epidemia;

sondeos efectuados en las escuelas habían revelado que el 7,5 por ciento de niños estaban leprosos: es necesario crear para ellos hogares risueños en que puedan proseguir su escolaridad. Arning era partidario de una concentración de todos los pacientes en un mismo lugar dotado de todos los necesarios equipamientos.

El rey abrió la sesión parlamentaria recordando que la situación sanitaria seguía siendo el problema mayor de su país. Esperaba que la segregación contribuiría a poner un dique a la epidemia y agradeció a las religiosas que hubieran venido en ayuda de su pueblo. El Primer ministro Gibson reveló que el 10 por ciento del presupuesto del reino estaba consagrado a los cuidados de la salud.

Hacia la mitad de abril, el Consejo decidió invertir de nuevo en Molokai y pidió a Meyer que calculara la cantidad de madera que sería necesaria para construir alojamientos suplementarios. Lo que significaba claramente que nuevas deportaciones no iban a tardar en llegar.

Como el mismo Consejo se resolvió por fin a buscar un médico residente para Molokai, la princesa Liliuokalani presentó al británico Arthur St. Clair Mouritz. Habiendo oído hablar de Damián durante sus estudios en la universidad de Londres, este hombre joven había venido a Hawaii para cuidar los leprosos, pero había aceptado un puesto de médico del gobierno en Ohau. Cuando la princesa supo que él había curado a un leproso y que este "milagro" había sido asentado por el doctor Trousseau, ella le forzó prácticamente a aceptar su nombramiento para Molokai. Desembarcó el 8 de mayo en compañía del doctor Fitch y de sesenta nuevos relegados. De su primer encuentro con Damián, constató: "un metro ochenta, cien kilos, fuerte, sólido, sin sombrero, bronceado por el sol, un campesino de espalda recta, de bastante bella prestancia, pero con los dedos cubiertos de callos". Quedo espantado por la suciedad que reinaba en la leprosería: pululaban allí los insectos, la mayor parte de los pacientes tenían sarna o diarrea; ordenó inmediatamente una gran limpieza del lazareto.

Albert, vuelto de Honolulu en el mismo barco, se comportó inicialmente con mayor calma, porque sus picores le afligían menos. Damián tuvo entonces la ocasión de preparar mejor sus sermones.

La princesa Liliuokalani vino de nuevo a visitar Molokai, acompañada esta vez por la reina Kapiolani. Querían esta vez entregar personalmente a los leprosos los vestidos confeccionados por las damas de la alta sociedad, miembros de la Asociación de madres, gracias a los fondos recogidos durante una fiesta de caridad organizada en el palacio. Llegaron el 22 de junio 1884 con el pequeño vapor *Waiamola*, en compañía del gobernador John O. Dominis, del doctor Arning, del propietario del barco y de algunos dignatarios, y fueron acogidos con los gritos de "*Aloha ka Alii*", "Vivan los nobles" por la población que había levantado arcos de triunfo. Se instalaron sobre la terraza de la casa del padre Montitón donde la reina pronunció un discurso: "Con cuánta pena he oído hablar de vuestra miseria, mis queridos súbditos arrancados a todos

aquellos a quienes amáis. Quiero ver personalmente cada una de vuestras casas, hablar con cada uno de vosotros, ver con mis propios ojos las condiciones en las que vivís. Quiero informar al rey cuáles son vuestras necesidades. El Padre Damián, vuestro sacrificado sacerdote y mi fiel amigo a quien admiro sinceramente, distribuirá vestidos a todos aquellos que los pidan".

Hombres se levantaron, se quejaban de la alimentación, de las viviendas y de la soledad, pero sobretodo de la falta de cuidados médicos. Finalmente, el superintendente Ambrose Hutchinson, que había sucedido a Clayton Strawn, tomó la palabra. Explicó a su alteza que las bellas casas eran propiedad de ricos leprosos, que los pobres vivían en reductos que se llenaban de agua. Pidió a la reina que les obtuviera alojamientos convenientes y una canalización que llevara el agua hasta Kalaupapa, porque el pueblo no tenía más que fuentes salobres. En ese momento, una niña de tres años se adelantó gritando "Papa, papa". Ambrose tomó a su hijita en los brazos y declaró con una voz anudada por la emoción: "Majestad, esta niña no está leprosa. Hay aquí niños con buena salud nacidos de madres leprosas. ¿Deben ellas también ser víctimas de esta plaga? Pido a Su Grandeza un hogar donde esos niños puedan ser cuidados y educados al abrigo de la contaminación".

Emocionada, la reina tomó a la niña en sus brazos repitiendo: "Qué bella niña, qué bella niña. Quiero conocer a su madre" Ella aconsejó a esta última que se ocupara bien de la pequeña y de confiarla al hogar cuando esté construido. Respirando entonces profundamente, la soberana anunció dignamente que estaba contenta de haber venido y quería ahora inspeccionar la colonia. Entró en cada casa, entreteniéndose espontáneamente con todos, escuchando sus condolencias que Liliuokalani consignaba escrupulosamente. Las princesas fueron hasta el cráter de Kauhakoo donde los enfermos estaban instalados en grutas, visitaron el hospital y manifestaron su piedad a los enfermos. Al ver el "moritorio" la reina declaró que "ningún amor podía legitimar este tratamiento inhumano" y ordena el cierre inmediato de esos huecos inmundos" Inspeccionaron el almacén y declararon al salmón el pan y el azúcar impropios para el consumo; el matadero en contra recibió su aprobación. Durante la comida que siguió a esta gira de inspección profunda, el doctor Arning pidió a la soberana defender la causa a favor del envío de religiosas a Kalawao, y Kapiloani ordenó inmediatamente la construcción de un convento para acogerlas.

Durante la tarde, Arning se aisló un momento con Damián para proceder a un penoso examen. Con la autorización del sacerdote, le tomó algunas muestras de lepromas y confirmó el diagnóstico que ya había emitido en marzo. Con un tono formal y científico, preguntó al misionero sobre la manera como que él creía haber sido contaminado y preguntó sobre la manera de la evolución de la enfermedad, pero ensayando lo más discretamente posible la presencia úlceras duras sifilíticas. Examinó enseguida a todos los niños: los veintiséis del orfanato tenía la lepra, en cuanto a las niñas, solo cuatro sobre dieciséis estaban contaminadas.

El informe crítico de la soberana fue presentado al Parlamento. Ella envió a de Veuster la lista de los deseos de los pacientes que había anotado, mandándole verificar si todo era exacto y si no había olvidado algo. Damián le aconsejó, para evitar toda envidia, que enviara un paquete personal a cada leproso. En setiembre cuatrocientos ocho paquetes fueron expedidos y doscientos cincuenta otros estaban en preparación. Al distribuirlos de casa en casa Damián constató que los *kokua* que los kokua tampoco tenían su vida fácil y pidió a la soberana el proporcionarles a cada uno un juego de vestidos nuevos.

En otoño de 1884, los trabajos volvieron a la leprosería: un nuevo muelle fue construido en Kalaupapa y el canal de entrada al puerto fue ensanchado; una línea telefónica fue instalada entre la casa del médico y la de Meyer en lo alto del *pali*. Pero todo eso no arreglaba el problema de los cuidados médicos: desde setiembre, el doctor Mouritz había pedido dejar la leprosería para no volver más a ella. Los pacientes le encontraban perezoso y flato de dinamismo; no era esto algo sorprendente, porque el joven médico residía en Molokai contra su gusto. El doctor Frich volvió a tomar sus visitas mensuales y Damián se puso a distribuir medicamentos en ausencia del médico.

El 7 de octubre 1884, tres médicos hicieron juntos una excursión que más se parecía a una excursión que a un control médico. Los doctores Mouritz y Fitch eran figuras conocidas; el tercero Charles Stallard - que llegaría a ser médico personal de príncipe heredero Édouard de Inglaterra - era un recién llegado. El cuarto visitante era profesor de literatura inglesa en la Universidad Notre-Dame en los Estados Unidos. Viendo a Damián que salía de la iglesia de Kalawao, este Charles Stoddard anotó: "sotana usada, prestancia joven, manos callosas, aspecto sano". Habiendo rehusado la invitación de Damián a su mesa, los visitantes le rogaron a cenar con ellos en la casa del doctor. Damián tomó rápidamente un puñado de maíz en la cocina, salió al corral y se puso a imitar el sonido de las gallinas que vinieron a colgarse sobre sus espaldas, sus brazos y su cabeza. Atrapó a una que ofreció a sus visitantes como contribución al banquete que se prolongó en conversación animada sobre la ley de Moisés, la juventud de Damián y el asilo.

Al día siguiente, Fitch y Mouritz se pusieron al trabajo mientras el misionero hacía la gira de a las chozas con los dos otros visitantes. Ellos constataron la popularidad de Damián que era acogido por todas partes calurosamente. El profesor consigno los clásicos momentos de horror. Un joven muchacho abanicaba a su compañero agonizante bajo una manta, su ojo parecía un grano de uva abierto y su lengua a un higo emergiendo de su labios comidos por la enfermedad, su rostro vidrioso e inflado parecía cubierto de moho. Cuatro pacientes jugaban a las cartas en la mismo espacio que habían intentado adornar con la ayuda de páginas ilustradas americanas, querían olvidar la pila de ataúdes alineados detrás del cobertizo del carpintero. Emocionado, Stoddard se instaló e el harmonio de Santa Filomena, un regalo de Boston. Cuando salió de su éxtasis musical, vio que la iglesia estaba llena de auditores. Desconcertado, echó una mirada por la ventana y vio a Damián

que trabajaba en el campo rodeado de una nube de niños enfermos, cuando sonó el ángelus, se quitaron todos el sombrero y se pusieron a rezar.

El profesor vio también niños que se bañaban en el mar y cuyas voces y risas resonaban hasta en el cementerio donde yacían sus compañeros difuntos. . Le rogó a Damián que le mostrara su condecoración. "No he venido aquí para eso. Nunca a llevo", declaró el misionero extrayendo la cruz de honor de un pequeño estuche de cuero lleno de polvo. Impresionado por el personaje y por todas sus realizaciones que él le atribuía, Stoddard le consagró un libro que fue un best-seller, traducido en numerosas lenguas.

Como se ignoraba aún el modo de transmisión de la lepra, no día corresponder en este asunto que con el doctor Arning. Éste le aconsejó que tomara cada día sus píldoras de arsénico y de confiarse con Mouritz que había finalmente decidido permanecer y proyectaba cuidar a los enfermos con electroterapia. El doctor podría seguir la evolución de la enfermedad de su honorable paciente y constatar si nuevos síntomas venía a confirmar el fatal veredicto.

A pesar de los dolores que soportaba en el pie cuyo nervio estaba hinchado e inflamado, Damián tuvo que ir a Pelekunu para visitar a sus parroquianos. El viaje de ida se pasó sin contratiempos, pero al retorno un verdadero diluvio e abatió sobre la chalupa. El misionero quiso desembarcar sobre un pequeño cabo, saltó en el agua poco profunda, se lo llevo la corriente violenta y alcanzó la costa a nado. Hizo el resto del camino a pie, atravesando vados, torrentes hinchados de agua helada y cogió un resfriado que le duró todo el mes de diciembre.

Sufría todavía de la garganta cuando, en una crisis de rabia, Albert Montiton le anunció que se volvía a las Puamotu: él era un hombre libre y pasaría de la autorización de su obispo. Köeckemann imaginó de inmediato una estratagema: hizo venir a Honolulu al padre Gregoire Archambaux cuya nuca, el rostro, los miembros y el tronco no eran más que un gran leproma; el doctor Arning constató con ayuda de electrochocs que la mitad de su rostro - hecho la mitad de su cuerpo - estaba insensible: tenía la lepra desde hacía al menos diez años y debía en consecuencia ser recluido; puesto que había sido probado que Albert no estaba leproso y que Gregoir lo estaba, Köeckemann quiso proceder a un cambio, pero constatando que era demasiado peligroso enviar a Albert a unirse con André Burgerman y no queriendo él mismo tener que soportar la presencia de Albert en Honolulu, le ordenó permanecer provisoriamente en Kalaupapa.

El anciano padre Gregoire se hundió cuando debió partir "de propio pleno gusto" a Molokai. Llegado a Kalaupapa, se había resignado a su suerte infamante que le había valido la censura de sus compañeros. Damián le consoló, asegurándole que poseía una buena loción y que Mouritz le prescribiría sin duda píldora de arsénico. Pero el veterano se comportó de modo aflitivo y estaba ya histérico.

La enfermedad progresaba también en Damián que constató que el nervio de la rodilla estaba tocado. Tuvo un acceso de desánimo al leer la carta desesperada que le acababa de dirigirse Ficht: "Estoy roto No te volverá a ver, mi querido amigo, pero has de estar seguro de que permanecerás impreso en mi memoria como una preciosa joya. Los pobres diablos entre los que vives tienen tantas razones para bendecir tus sacrificios por ellos...!" El doctor había recibido la orden de dimisionar porque numerosos ruidos corrían a su cuenta: los kanakas de Kakaako le reprochaban el trabajar de modo demasiado complicado; las religiosas le encontraban negligente, indolente y sobretodo pretencioso; Köeckemann y Fouesnel querían olvidar a este ardiente protestante. Gibson habría prometido diez mil dólares a Köeckemann para desembarazarse de él; ninguna certeza existía a este respecto, pero el hecho es que después de la marcha de Ficht el obispo se las apañó para transferir su salario a las religiosas.

Arning también planteaba un problema. Había pedido al gobierno hawaiano poder inocular la lepra a un condenado a muerte que sería confinado en el aislamiento más absoluto para permitir constatar si desarrollaba la enfermedad. Keanu, un malabar que había cometido una muerte pasional, fue escogido como cobaya; el mal se declaró tan rápido que se temió no la hubiera contraído antes de la experiencia. Debilitado por el aislamiento, la mala alimentación, la falta de ejercicio físico y de sol, él constituía una fácil presa. No era más que un andrajo humano cuando vio a morir a Molokai, poco antes del fin de Damián.

En enero, Damián asistió al retiro de Honolulu, Köeckemann le había invitado con la intención de hacerle auscultar por su médico personal, el doctor McGrew. El día de su cuarenta y cinco aniversario, el misionero fue sometido en el despacho de obispo a un examen profundo conducido por los doctores Trouseau [médico de Fouesnel] y Mc Grew que, le realizó, no buscando detectar la lepra sino la sífilis, proponiéndole preguntas indiscretas sobre su vida sexual. De Veuster le declaró con una voz temblorosa de cólera: "He respetado siempre estrictamente mi voto de castidad".- Consciente del insulto que su misionero había soportado, Köeckemann infringió todas sus medidas habituales de prudencia - ¿no llevaba permanentemente guantes de caucho que encomendaba por docenas a Good Year en San Francisco? - y tuvo una última conversación privada con Damián hablando sobre su envío a Europa. Esto le sublevó: ¿Qué sería de sus pacientes? ¿Quién se ocupará de ellos? No existía más que un solo deseo: liberarse del padre Grégoire, la vida era ya demasiado dura con Albert. El obispo le aseguró: Albert retornará enseguida a Tahiti, y desde mañana, Grégoire que había entrado en la leprosería voluntariamente, será autorizado a volver a su parroquia de Lahaina.

Al fin del retiro, Damián consignó muy sucintamente su confesión por escrito: *"Haberme enfadado el domingo antes de la misa 3 veces, pensamiento impuro desnudez y tocado. Las furias. Haber escuchado la calumnia y las murmuraciones y haberlo hecho. Descuidar el examen y la oración, distracción durante la oración, (medio voluntaria), injuria contra los mormones, 2 o 3 veces dejar morir sin sacramentos, orgullo, odio, no haber enseñado bastante el*

*catecismo y corregido a mis niños. Desnudez - murmurar contra los otros y no someterse".* Estaba al borde de la desesperación: sus superiores tenían sospechas de haber contraído una enfermedad venérea, y su pierna izquierda le hacía sufrir atrocemente; se quemó gravemente tomando un baño de pies, no había sentido nada y aulló: "Me ha quemado el pie, estoy leproso". Intentó no gritar cuando Trousseau le rodeaba el pie de telas embebidas en aceite. Se quedó en cama unos días en Honolulu, pero recibió pocos visitantes porque todos temían al contagio.

Cojeaba todavía a su vuelta a Kalaupapa; podía decir la misa, pero se veía obligado asentarse para predicar. Después de la marcha de André y de Grégoir, Köeckemann habiéndole propuesto darle de nuevo a Burgerman como compañero, respondió con toda la deferencia posible: *"Jamás quiero vivir en adelante en su compañía, ni ser su confesor"*.

Meyer se informó regularmente de las necesidades de de Veuster. Fouesnel por el contrario no lo hizo más que una sola vez, estaba demasiado ocupado en la preparación del consejo provincial al que remitió una proposición drástica: los miembros de la congregación de Picpus deben evitar todo contacto físico con los leprosos; no pueden más tocar objetos empleados por manos leprosas y deben respirar vinagre de alcanfor antes de oír a un leproso en confesión o administrarle los sacramentos; deben lavar con una solución de ácido fénico o algún otro desinfectante toda la parte de su cuerpo que haya tocado a un leproso; los picpucianos leprosos deben pensar en los otros, no tocarles ni darles objetos contaminados.

Pánfilo envió a su hermano una carta aburrida en que le contaba que estuvo a punto de morir de una pulmonía. Damián le respondió: *"No puedo ocultarte por más tiempo que yo también estoy amenazado por una enfermedad todavía más terrible que la consunción [...] Estoy aún fuerte y robusto como me viste partir en 1863, a exención de mi pie izquierdo que desde hace tres años ha perdido toda sensibilidad"*. Le señala también que por falta de sitio, los enterradores se ven forzados a enterrar los difuntos en capas superpuestas y que espera poder quedarse en Kalawao hasta su muerte

Esa misma noche, una tempestad se llevó el muro de la rada, la sobrecarga hizo explotar el depósito de agua, y el techo de la casa de Damián fue arrancado. Se preguntaba cómo iba a poder repararlo con su pierna enferma: *"Ando como arrastrando la pierna para ir y volver del hospital que no está más que a cinco minutos. Es una fatiga que me mantiene en un lamento toda la noche"*



## Capítulo XV

### SEGREGACIÓN OFICIAL DE DAMIÁN

Libro pg. 237

Damián sufría horriblemente. "Estoy atrofiado probablemente de por vida, escribía el 25 febrero 1885 a Koeckemann. Mi pie horroroso que visteis en Honolulu está lejos de encontrarse curado aunque la herida haya cicatrizado. La inflamación e hinchazón del nervio grande de encima de talón, continúa. [...] Debo renunciar a todo intento de subir el pali y trasladarme al otro distrito, ni mi pie ni la conveniencia me lo permitirán más, y, por otro lado, no se puede abandonar a 600 leprosos católicos sin sacerdote, de los que varios están a menudo moribundos. Si realmente estoy atacado de esta terrible enfermedad, habrá que reconocer que es la muerte que se aproxima a pasos lentos. Sin preocuparme demasiado de mi cuerpo, tengo que preocuparme sobretodo de mi alma que pide un buen confesor".

El primero que se presentó fue Gulstan Ropert que pasó dos agradables jornadas con su amigo al que no volvería ver jamás. A continuación vino un picpuciano alemán de una cierta edad, el padre Colomban Beissel, que no permaneció más que el tiempo de escala del barco.

Arning desembarcó el mismo día, junto con su compañero y colega Mouritz. El obispo les había encargado de una misión tan penosa como delicada: asegurarse de que Damián no tenía ninguna enfermedad venérea. Efectivamente, numerosos chismes corrían a su cuenta: se nombraba su casa parroquial calificándola siempre como "Hotel Molokai, el reposo de los leprosos", no cerraba jamás la puerta, y por la noche una luz brillaba permanente en su ventana desprovista de cortinas. Él replicaba que los huérfanos estaban a menudo sujetos a pesadillas y que debían poder encontrar el camino que les conducía a su padre. Repetía que había observado siempre su voto de castidad y que jamás había mantenido relación alguna ni con hombre ni con mujer. Los dos médicos no descubrieron ninguna pústula dura sifilítica.

El doctor Arning aprovechó esta visita de una semana ara examinar a todos los pacientes y determinar aquellos que podían ser transferidos a Kakaako. La reina Kapiolani le había igualmente pedido hacer la lista de niños sanos nacidos de padres leprosos, porque su proyecto de orfelinato para niñas en Kakaako había sido aprobado.

Después del huracán que había destruido numerosas construcciones en las islas de Kauai y de Molokai, el doctor Ficht - que había vuelto a ser contratado por el Consejo, a instigación el doctor Hyde, jefe de la misión congregacionalista protestante fue a medir la amplitud de los daños. Se alegró

al saber que Damián sufría menos del pie, pero se quedó espantado del estado de su oreja derecha que estaba inflamada y cubierta de lepromas.

El 31 de agosto 1885, el doctor Hyde desembarcó en Molokai, llenos los brazos de regalos. Este antiguo estudiante de Princeton habitaba desde 1876 en Honolulu donde había sido encargado de reorganizar el Seminario de Teología de elaborar un programa de formación de predicadores indígenas. Venía a la península para inaugurar en ella la nueva capilla congregacionalista y se quedó admirado al ver que los católicos asistían a sus festividades. Durante dos semanas, se relacionó con todos los responsables del settlement y estudió con Damián tanto el lado médico como las consecuencias psicológicas y los aspectos morales de la relegación. Consignó en su informe final que los dormitorios oscilantes de los orfanatos debían ser reemplazados con urgencia por construcciones modernas, vastas y bien aireadas, pero que los cuidados médicos constituían un problema más crucial todavía. Como las religiosas franciscanas, que estaban ya en la isla casi desde hace dos años, no habían aún visitado ni una sola vez la leprosería, propuso que la comunidad protestante se encargara de encontrar enfermeras. Podía contar con el apoyo moral y el sostén financiero de Charles Bishop, viudo de la princesa Bernice y de Henry Baldwin, un plantador reputado por su generosidad.

Esto hacía una vez más que hacía cuatro meses que Damián no se había confesado. Colomban y Grégoire sufrían los dolores de mareos de mar, Fouesnel había propuesto que Damián, que no estaba menos expuesto al mismo mal, fuera él mismo a Maui. El provincial no parecía darse cuenta del estado crítico del misionero, que se sinceró en una carta con su amigo Stoddard: "Los microbios de la lepra por fin han anidado igualmente en mi pie y en mi oreja izquierdas. Una de las cejas comienza a caerse [...] Estoy a la espera de que mi rostro esté bien pronto mutilado, porque ya no tengo la menor duda sobre la verdadera naturaleza de mi enfermedad. Me siento tranquilo y resignado, y hasta más feliz entre los míos. Dios sabe qué es lo mejor para mi santificación y con esta convicción es como digo cada día fiat voluntas tua, que se haga tu voluntad".

El 7 de octubre, nadie felicitó a Damián por su veinticinco aniversario de sus votos perpetuos.

Algunos días antes de la apertura del hogar Kapiolani, Hutchinson recibió la orden de enviar a Honolulu las catorce niñas seleccionadas. Su propia hija, que apenas tenía tres años, figuraba en el número de niños que iban a tener que separarse de por vida de sus padres leprosos. Los adioses fueron desgarradores. El vapor J.I. Dowset en el que debían embarcar las niñas, habiendo llegado con mucho retraso y habiéndose eternizado el peligroso procedimiento de desembarco de su transporte de animales, acabó convirtiéndose en una riña sobre el muelle, donde se encontraba masificada una muchedumbre en el colmo de la emoción. Tres personas fueron heridas, dos de ellas mortalmente. Cargó la policía y arrestó a los culpables, el llamado Momona indignado por lo que él calificaba de "secuestro" de su hija, y su hijo. A día siguiente, día de Todos los Santos, Damián celebró un servicio fúnebre;

ante las tumbas abiertas, declaró: "Estos hombres son las víctimas inocentes de una tragedia. No han muerto en vano. Han dado su vida por la buena causa. Espero que este drama no impedirá el progreso y no detendrá la mano que debe abrir la puerta de la institución recientemente creada. El hogar Kapiolani rendirá grandes servicios en el porvenir y hará mucho bien por estas infortunadas niñas. Será bendecido". Pero la opinión general era que ese hogar para niñas no leprosas había sido bautizado en la sangre.

Aunque Köekemann hubiera prohibido todo contacto directo con el Consejo de salud, el misionero volvió a encontrar el 2 de noviembre al Primer ministro Gibson, que había tomado el barco para Molokai al escuchar el anuncio del doble asesinato de los que imputó parcialmente la responsabilidad a las autoridades de la leprosería a las que acusó de no haber tomado medidas de precaución suficientes para evitar los desbordamientos emocionales. El 5 de diciembre 1885, Damián partió con otros catorce testigos para Lahaina a fin de comparecer allí ante el tribunal. Como no estaba aún oficialmente en el repertorio de los leprosos, pudo alojarse en la casa parroquial de los padres Grégoire y Andre y confesarse, mientras a sus compañeros de infortunio fueron encerrados como criminales y tratados como perros. Finalmente, algún leproso no debió comparecer, porque los dos asesinos se declararon culpables y fueron condenados, el padre a diez años y el hijo a cinco años de prisión. Estas penas, relativamente ligeras, fueron debidas al hecho de que Momona denunció, a cambio de su vida y sobretodo a la de su hijo de dieciséis años, al grupo que preparaba una rebelión armada en Molokai.

Las niñas traumatizadas por los acontecimientos que habían rodeado su partida, fueron instaladas en una gran construcción gris y sobrio, pero limpio, situado dentro de la colonia de leprosos de Kakaako terreno cercado de Kakaako donde todo el contacto con el mundo exterior les estaba prohibido. Como sus padres eran leprosos, hubieron de pasar una desinfección general antes de ser puestas en manos de la religiosa que se ocuparía de ellas, porque no se había encontrado voluntario laico. Se les enseñó cómo comportarse en la mesa, a hacer su cama y a cumplir diversas pequeñas faenas. Se les daba lecciones, pero las enseñaron sobretodo a rezar mucho y a cantar himnos; como tenían problemas de adaptación, se las apodó "los gatos salvajes de Molokai". El día del segundo aniversario del desembarco de las religiosas en Hawaii, el hogar Kapiolani fue inaugurado solemnemente en presencia del rey y de la reina y de numerosos dignatarios tanto eclesiásticos como políticos. Las niñas escucharon largos discursos en una lengua de la mayoría de ellas no comprendían y vieron finalmente entregar las llaves del hogar a la madre Mariana.

En el curso del proceso, el secretario del Consejo de salud Haydelsen había autorizado a Damián a venir a Honolulu, pero Fousnel había puesto su veto a ello, el peligro de contaminación era muy grande; el provincial había decretado además que no disponía de más fondos para la leprosería. Damián se quejó a Köeckemann en su carta felicitación de año nuevo, que no es más que amargura: "El padre Leonor me amenaza siempre con contar pronto una pequeña cantidad para alimentarme que le pido, no cada mes como se había

convenido sino cuando tengo necesidad de ella, solamente cada 2 ó 3 meses. [...] Murmuro también un poco contra la manera un poco tiránica con que este buen padre intenta encarcelarme aquí. Mientras que mi salud me lo permita y el gobierno no se oponga, ¿por qué mis superiores no habrían de permitirme la libertad de circular cuando tuviera necesidad de ella? Todavía estoy en la duda de si exponérselo al superior general”.

Damián habría deseado participar en el retiro de invierno para poder acercarse a Kakaako. Y estudiar allí la terapia de Goto que parecía hacer milagros. El doctor Arning la consideraba como pura charlatanería; como buen científico, estimaba que una forma de debilidad congénita volvía a ciertos individuos más sensibles al bacilo de la lepra: en este sentido la lepra era hereditaria. A mitad de enero 1886, Arning dimisionó, en vista de que el Consejo había desaprobado algunas de sus experiencias. Continuó sin embargo durante algunos meses recorriendo las islas como simple turista, esperando que – como con Ficht – le llamarían, pero no lo hicieron así, porque había mantenido con tozudez demasiados prejuicios.

Damián también estaba sometido al fuego de las críticas. El 10 de febrero, Fouenel le escribió: “Mi deber, muy querido Padre, es manifestaros de nuevo las decisiones tomadas por el consejo provincial y no por mi, Hoomanawanui (tened paciencia. Viniendo a Honolulu, tenéis dos lugares donde ir: la misión o Kakaako. En la misión seréis colocado en un apartamento del que no saldréis hasta vuestra partida; sin eso ponéis a la misión en cuarentena para los blancos que, en cuanto sepan que tenemos aquí un leproso, tendrán miedo de nosotros que no lo somos. Yendo a Kakaako, debéis estar en la capilla de los leprosos, no decir misa; porque ni el P: Clément ni vuestro servidor consentirán en decir la misa con el mismo cáliz y los mismos ornamentos que vos, y las hermanas no querrán recibir la Santa Comunión de vuestras manos. Vuestras pretensiones, mi querido Padre, nos probarían que no tenéis delicadeza, ni caridad, para con vuestro prójimo y que no queréis considerar otra cosa más que vos mismo; esto es demasiado egoísmo, y quiero creer que todos estos sentimientos no estaban ni en vuestro corazón ni en vuestra mente. El señor Gibson ha dicho que os permitiría venir pero que prefería ver antes a Monseñor, es decir, él quería verle para prevenir esta visita de la que preveía sus consecuencias, sobretodo para Kakaako. Lo he oído de su boca. Quiero que sepáis por otro lado que sigo con atención los progresos obrados por el tratamiento japonés; si se obtiene la curación, entonces se os hará venir sin que vos lo pidáis; porque, mi querido Padre, deseamos todos veros sano, si es posible”.

La publicación de la obra de Stoddard, *The Lepers of Molokai*, y la avalancha del correo de admiradores, ¿fueron la causa de esta agresión? ¿Por qué razón un leproso no podía visitar un hospital de leprosos? Podía llevar su propio cáliz y sus vestiduras sacerdotales. ¿Se quería evitar que entrara en comunicación directa con las religiosas? Pidió la autorización de comunicarse directamente con el Consejo. ¿Sus superiores no tenían, pues, ninguna confianza en él? Ocupaba todo su tiempo libre en la redacción e un Informe sobre la lepra reclamado por el mismo Consejo; se apoyaba para ello sobre su diario

personal, su correspondencia y los archivos de que disponía para escribir la historia más exacta posible de cerca de trece años en Molokai.

En el Informe, Damián consigna que una buena alimentación y una perfecta higiene eran los únicos medios de retrasar el desarrollo de la enfermedad., pero los pacientes no consumían suficientes productos lácteos. Aún no había ganado la lucha que entabló contra la borrachera, y la situación sanitaria estaba por debajo de todo, principalmente en Kalaupapa que no disponía ni tan solo canalización de agua. El albergue podía ser mejorado y una asignación para vestir de seis dólares por persona y año, era insuficiente. El permiso de estancia otorgado a los kokuas que se habían desposado con enfermos, debía ser mantenido, porque este estado de cosas disminuía la disolución de las costumbres. Era necesaria la presencia permanente de un médico, porque no era cometido de un sacerdote distribuirlos. En un apéndice, Damián abordaba las formas de contaminación. Para él había dos clases de lepra. La forma sifilítica era transmitida por vía sexual o hereditaria; hasta los niños podían desarrollar la enfermedad. Los celibatarios de diversas nacionalidades habían reconocido estar contagiados de enfermedades sexuales antes de atrapar la lepra; era necesario por tanto combatir la promiscuidad. Las vacunaciones podían también ser portadores de contagio. El simple hecho de llevar los vestidos de un leproso, de aspirar las gotitas proyectadas hablando o chupar la saliva de la pipa comunitaria, era suficiente también. El periodo de incubación iba de dos a diez años.

Damián pidió a Meyer que relejera su Informe, quien no estaba de acuerdo con ciertos puntos: pensaba que el dinero era preferible a las raciones – de alimentación - y la asignación para vestuario de seis dólares por año la juzgaba ridícula. Siendo para él el aprovisionamiento de agua para Kalaupapa una prioridad, añadió algunas páginas de su cosecha. Encontró la parte consagrada a la contaminación la más interesante del dossier.

Ante la lectura de los dos informes, Gibson declaró querer hacer algo por Molokai, pero no tenía dinero. Prometió a Damián enviarle pronto a alguien que estudiaría el problema de la provisión de agua y le señaló – sin dar la razón de ello – que no publicaría el capítulo sobre el contagio.

Segregado por sus superiores, Damián permanecía en contacto con el mundo. Envío una copia del Informe a Charles Stoddard y otra al reverendo Hudson que se ocupaba de la revista americana Ave María. Mons Köeckemann recibió dos ejemplares del libro de Stoddard con el ruego de hacer llegar uno a la religiosa que había llegado de Europa con el mismo barco que Damián, pidiéndole que excusara las alabanzas que eran producto de autor y no del misionero.

A lo largo de la sesión inaugural del parlamento, Gibson citó nominalmente al misionero: “El caso del padre Damián, tal como está descrito en los informes de los doctores Arning y Mouritz, es el más interesante y el más precioso en lo que concierne a la cuestión de la contaminación”. Citó un extracto de una carta de 1887 en que Damián prometía al Consejo hacer todo por los

enfermos: "He sacrificado mi salud y todo cuanto tengo en este mundo, por eso es por lo que debéis darme vuestra confianza".

Este discurso atrajo con oda evidencia la atención sobre de Veuster, que debió en consecuencia ser inscrito oficialmente en el registro de los leprosos. Fue realizado el 30 de abril, el día mismo en que la revista francesa *Missions catholiques* publicó una carta elogiosa de Köeckemann sobre el apóstol de Molokai.

En mayo 1886, el sacerdote relegado quiso hacer de la procesión del Corpus un acontecimiento excepcional para los leprosos. Llevó solemnemente el Santísimo Sacramento, sin deber y adaptar su paso al de los enfermos, al haberse convertido él mismo en un inválido. El luau que siguió fue una verdadera fiesta para todos, "una bella rosa sobre una corona de espinas": Hutchinson había proporcionado la carne suficiente y el shérif regaló el producto de su pesca tan milagrosa como la de lago de Tiberíades, como le cumplimentó Damián.

El misionero recibió cada vez más correspondencia de los lectores de la obra de Stoddard. La carta del reverendo Hugh Chapman, un predicador anglicano que ejercía su ministerio en Londres, merece una mención especial. "El Santo Sacramento, escribe, significa más para mí después de que he leído la historia de un leproso voluntario. Pido cada día a Dios que no tarde en otorgaros la corona; a pesar del hecho de que no estaré jamás bastante cerca de usted para veros llevarla, me alegro de vuestro coronamiento. Si el dinero puede aliviar, de una u otra manera, algunas necesidades indispensables de los leprosos que se os han confiado, haré todo lo posible por reunir quinientas libras esterlinas.

Si Damián tuviera los medios financieros para ello, podría introducir en Molokai las instalaciones necesarias para el método Goto. El doctor Mouritz insistía para que, a pesar de la prohibición, él fuera a hacerse una cura a Kakaako; los baños cotidianos y un cambio de atmósfera no podían dejar de serle favorables. Convencido de la necesidad de esta cura, Mouritz escribió a Mons Köeckemann: "La vida del padre Damián es tan dura y privada de alegría que un poco de descanso y un tratamiento bajo el cuidado de las religiosas le harían, a mi parecer, mucho bien". El padre Columban Beissel, que había visto a Damián a mitad de junio, le había encontrado en exceso disminuido: el dolor y los insomnios le debilitan, los lepromas en la oreja derecha eran horribles de ver, sus manos estaban igualmente contagiadas y su rostro hinchado. Su estado psíquico no era mejor.

Damián se decidió entonces a enviar una misiva a Köeckmann: "El año pasado, cuando me di cuenta de que la enfermedad comenzaba aparecer, expresé el deseo de tener un pequeño pie a tierra, una pequeña habitación en la parcela de Kakaako para alojarme en ella algunos días cuando una necesidad de conciencia u otra razón me obligara a ir a Honolulu [...] El rechazo absoluto [de Fouesnel] expresado en el tono de un policía más que en el de un superior religioso, y esto en nombre del obispo y del ministro, como si la misión fuera a

estar puesta en cuarentena si alguna vez aparecía por Honolulu, me hizo, lo confieso francamente, una mayor pena que todo lo que he tenido que sufrir desde mi infancia”.

Cuando la noticia se extendió de que Damián iba a ir a Kakaako, un ligero pánico se apoderó de numerosos relegados; temían que Damián, que a fin de cuentas era un blanco, no se refugiaría en las hermanas si la enfermedad se fuera haciendo más seria. ¿Quién se ocuparía entonces de los huérfanos?. El misionero les aseguró que él iba simplemente a estudiar el método Goto y volvería tres semanas después a más tardar.

Meyer insistió a su vez para que Damián fuera a Honolulu y le escribió el 8 de julio 1886: “Estoy de acuerdo en toda medida de os posible con vos y creo firmemente que en las circunstancias actuales, una visita a Honolulu para ver lo qué se puede hacer por vos es realmente un deber que os debéis a vos mismo, pero mi parecer es que, a pesar de todo esto, no puedo deciros cuál sea la mejor manera de ir allí. Debéis ir allí bajo vuestra propia responsabilidad y arriesgar las posibles consecuencias. En canto agente del Consejo, no tengo el derecho de proporcionaros un permiso. Estos son emitidos por el presidente del Consejo. Si vais allí, sería mejor que os embarcarais en el Mokolii, corréis un menor riesgo de que se os prohíba que tomando el Likelike. Hay una salida el sábado al final de la tarde y otra a medianoche. Si llegáis pronto a lo alto del pali, tendré la satisfacción de acompañaros y discutir ciertas cosas con vos”. Añadía en post scriptum: El Señor Gibson no ha dicho que no quería que fuerais a Kakaako, eso más bien le es indiferente. Prefiero hablar de ello con vos cuando nos veamos, que escribíroslo.

El sábado 10 de julio 1886, Damián emprendió la penosa ascensión del pali por el sendero menos empinado. Meyer le esperaba en la cumbre con un caballo más dócil. En Kaunakakai [capital de la isla en la playa sur] embarcó en dirección de la cita prohibida de Honolulu.